

Primeramente halló esta : que era cardenal, capellán mayor, que tenía mil negocios inquietantes, y de consiguiente más importantes que una visita en la calle de San Claudio.

Luego halló esta otra : que no conocía á la condesita de Valois, excusa muy consoladora para Juana. ¡ Oh ! de seguro no se habría consolado, si el señor de Rohán hubiese faltado á su palabra después de una primera visita.

Esta razón que Juana se daba á sí misma, necesitaba una prueba para parecer enteramente buena.

Juana no pudo resistir ; saltó de la cama, envuelta como estaba en su peinador, encendió las bujías á la lamparilla, y se estuvo mirando largo rato al espejo.

Hecho este examen, se sonrió, apagó las bujías y se volvió á la cama : la excusa era buena.

CAPÍTULO XV.

EL CARDENAL DE ROHÁN.

Al día siguiente, Juana, sin desalentarse, volvió al arreglo de su aposento y de su prendido.

El espejo la había convencido de que M. de Rohán debió venir á poco que hubiese oído hablar de ella.

Las siete daban, y el fuego del salón ardía con todo su brillo, cuando rodó un carruaje por la bajada de la calle de San Claudio.

Juana no había tenido aun tiempo para asomarse á la ventana é impacientarse.

De aquella carroza se apeó un hombre envuelto en un levitón, y luego, habiéndose cerrado tras de ese hombre la puerta de la casa, se fué la carroza á una pequeña calle inmediata á aguardar la vuelta de su dueño.

Bien pronto resonó la campanilla, y el corazón de madama de La Motte comenzó á latir tan fuertemente que se le podía oír.

Pero, avergonzada de ceder á una emoción irracional, Juana impuso silencio á su corazón, arregló como mejor pudo un bordado sobre la mesa, un ariá nueva sobre el clave, y una gaceta en la esquina de la chimenea.

Al cabo de algunos segundos, la señora Clotilde fué á anunciar á la señora condesa :

« La persona que escribió anteayer. »

— Decidle que tenga á bien pasar adelante, replicó Juana.

Un paso ligero, zapatos rechinantes, un hermoso personaje vestido de terciopelo y seda, con la cabeza erguida, y de una talla que parecía de diez codos en aquel pequeño aposento, he ahí lo que vió Juana al levantar la cabeza para recibir.

El *incógnito* guardado por aquella persona hizo una impresión desagradable en Juana. Por lo que, dedicándose á aprovechar toda la ventaja de la mujer que ha reflexionado, dijo, haciendo una reverencia, no de protegida, sino de protectora :

— ¿Á quién tengo el honor de hablar ?

El príncipe miró á la puerta del salón por donde había desaparecido la vieja.

— Soy el cardenal de Rohán, respondió éste.

A lo que madama de La Motte, fingiendo ruborizarse y confundirse en humildades, respondió con una reverencia como las que se hacen á los reyes.

Luego adelantó un sillón, y en vez de sentarse en una silla, como requería la etiqueta, se sentó en el gran sillón.

El cardenal, viendo que cada cual podía colocarse á sus anchas, puso su sombrero sobre la mesa, y mirando cara á cara á Juana que le miraba á él del mismo modo, dijo :

— ¿ Conque es cierto, señorita ?...

— Señora, interrumpió Juana.

— Perdonad... olvidaba... ¿ Conque es cierto, señora ?

— Mi marido se llama el conde de La Motte, monseñor.

— Perfectamente, perfectamente : gendarme del rey ó de la reina.

— Sí, monseñor.

— ¿ Y vos, señora, descendéis de los Valois ?

— Sí, monseñor, de los Valois.

— ¡ Gran nombre ! dijo el cardenal cruzándose las piernas. ¡ Nombre raro, extinguido !

Juana adivinó la duda del cardenal.

— Extinguido, no, monseñor, replicó Juana ; puesto que yo lo llevo, y que tengo un hermano barón de Valois.

— ¿ Reconocido ?

— No hay necesidad de que sea reconocido, monseñor ; mi hermano puede ser rico ó pobre, pero no por eso dejará de ser barón de Valois como ha nacido.

— Señora, os ruego que me contéis esa sucesión. Vos me interesáis, pues me gustan los blasones.

Juana contó sencillamente y con negligencia lo que el lector sabe ya.

El cardenal escuchaba y miraba, sin tomarse el trabajo de disimular sus impresiones. ¿ Y para qué ocultarlas, si no creía en el mérito ni en el rango de Juana ? La veía hermosa y pobre ; la miraba, y esto era bastante.

Juana, á quien nada se ocultaba, adivinó la mala opinión del futuro protector.

— ¿ De suerte, dijo el señor de Rohán con negligencia, que sois realmente desgraciada ?

— Y no me quejo, monseñor.

— En efecto, me habían exagerado mucho las dificultades de vuestra situación.

Y diciendo esto, echó una mirada en torno de sí, y prosiguió:

— Este aposento es cómodo, y está muy bien amueblado.

— Para una griseta, sin duda, replicó rudamente Juana, impaciente por empeñar la acción. Sí, monseñor.

El cardenal hizo un movimiento.

— ¡Cómo! dijo. ¿Llamáis muebles de griseta á estos?

— No creo, monseñor, que podáis llamarlos muebles de princesa, respondió Juana.

— Y vos sois princesa, dijo el cardenal con una de esas ironías imperceptibles que solo las personas de un talento distinguido ó de grande alcurnia tienen el secreto de mezclar en su lenguaje sin que lleguen á hacerse enteramente impertinentes.

— Yo he nacido Valois, monseñor, como vos Rohán, y he ahí lo único que sé, dijo.

Y estas palabras fueron pronunciadas con tan dulce majestad de la desgracia que se indigna, de la mujer que se siente desconocida, y fueron tan armoniosas y tan dignas, que el príncipe no se ofendió, y el hombre se sintió conmovido.

— Señora, dijo, olvidaba que mis primeras palabras habrían debido ser una excusa. Os había escrito anteayer que vendría á veros ayer, pero tenía que hacer en Versalles, con motivo del recibimiento de M. de Suffrén, y me fué preciso renunciar á este placer.

— Monseñor me hace mucho honor con haber pensado en mí hoy; el señor conde de La Motte, mi marido, sentirá mucho más vivamente su destierro, en que le tiene la

miseria, puesto que su destierro le priva de gozar de tan ilustre visita.

Esta palabra marido llamó la atención del cardenal.

— ¿Vivís sola, señora? dijo.

— Absolutamente sola, monseñor.

— Es hermoso de parte de una mujer joven y linda.

— Es sencillo, monseñor, de parte de una mujer que no se hallaría en su centro, si se hallase en cualquiera otra sociedad diferente de aquella de que le aleja su pobreza.

El cardenal se calló.

— ¿Parece, dijo al cabo de un momento, que los genealogistas no pueden poner en duda vuestra genealogía?

— ¿Y de qué me sirve eso? repuso Juana desdeñosamente, levantando con un ademán hechicero los pequeños rizos empolvados que le caían sobre las sienes.

El cardenal acercó su sillón como para alcanzar el fuego con sus pies.

— Señora, dijo, he querido y quisiera saber en qué puedo seros útil.

— En nada, monseñor.

— ¿Cómo en nada?

— Vuestra Eminencia me colma de honor ciertamente.

— Hablemos con más franqueza.

— No podría ser más franca de lo que soy, monseñor.

— Hace un momento os quejabais, dijo el cardenal echando una mirada en torno de sí, como para recordar á Juana lo que había dicho de los muebles de griseta.

— Cierto que me quejaba.

— Y bien; entonces, señora...

— Y bien, monseñor; estoy viendo que Vuestra Eminencia me quiere dar una limosna, ¿no es verdad?

— ¡Oh! señora...

— Nada más que una limosna. Antes recibía yo limosnas, pero no volveré á recibirlas.

— ¿Cómo es eso?

— Monseñor, de algún tiempo acá me hallo bastante humillada, y ya no me es posible resistirlo.

— Señora, abusáis de las palabras. En la desgracia no está uno deshonrado...

— Ni aun con el nombre que llevo. Vamos, ¿mendigaríais vos, señor de Rohán?

— Yo no hablo de mí, respondió el cardenal con un embarazo mezclado de altivez.

— Monseñor, no conozco más que dos modos de pedir limosna; en una carroza ó en la puerta de una iglesia; con el oro y el terciopelo ó con andrajos. Pues bien, hace un momento no esperaba el honor de vuestra visita, pues me creía olvidada.

— ¡Ah! ¿conque sabíais que era yo el que os había escrito? repuso el cardenal.

— ¿No tengo vuestras armas en el sello del billete que me habéis hecho el honor de escribirme?

— Sin embargo habéis aparentado no reconocerme.

— Porque no me hacíais el honor de mandar anunciaros.

— Pues bien; me agrada ese orgullo, dijo con viveza el cardenal mirando con atención complaciente los animados ojos y la fisonomía altiva de Juana.

— Decía pues, prosiguió ésta, que antes de veros había tomado la resolución de despojarme de este miserable

manto que oculta mi miseria, que cubre la desnudez de mi nombre, é irme cubierta de andrajos como toda pordiosera cristiana, é implorar mi pan, no del orgullo sino de la caridad de los transeuntes.

— ¿Supongo que no llevaréis apurados todos vuestros recursos, señora?

Juana no respondió.

— ¿Qué tendréis una tierra cualquiera, aun cuando esté hipotecada, alhajas de familia? Por ejemplo, esa.

Y al decir esto señaló una cajita con la que jugueteaban los blancos y delicados dedos de la joven.

— ¿Esta? repitió Juana.

— Es una caja original, á fe mía. ¿Me permitís?

Y tomó la caja.

— ¡Ah! ¡un retrato de mujer!

Y al punto hizo un movimiento de sorpresa.

— ¿Conocéis el original de ese retrato? preguntó Juana.

— Es el de María Teresa.

— ¿De María Teresa?

— Sí, la emperatriz de Austria.

— ¡En verdad! exclamó Juana. ¿Creéis, monseñor?...

El cardenal se hacía todo ojos mirando la caja.

— ¿Cómo ha llegado á vuestro poder? preguntó.

— La tengo de una señora que ha venido anteayer.

— ¿Á vuestra casa?

— Á mi casa.

— ¿De una señora?...

Y el cardenal miró la caja con nueva atención.

— Me equivoco, monseñor, repuso la condesa, vinieron dos señoras.

— ¿Y os entregó esta caja una de esas señoras? preguntó el cardenal con desconfianza.

- No, no me la ha dado.
- Entonces, ¿ cómo se halla en vuestro poder ?
- La dejó aquí olvidada.

El cardenal se quedó pensativo, y tanto que picó la curiosidad de la condesa de Valois, quien juzgó oportuno estar sobre aviso.

Después levantó la cabeza el cardenal, y mirando con atención á la condesa, le dijo :

— ¿ Y cómo se llama esa señora ? Perdonadme que os haga esta pregunta, pues yo mismo estoy avergonzado y me hago el efecto de un juez.

— En efecto que es extraña la pregunta, monseñor, dijo madama de La Motte.

— Indiscreta, tal vez ; pero extraña...

— Extraña, lo repito ; pues si yo conociese á esa señora que ha olvidado aquí esta cajita para pastillas...

— ¿ Qué ?

— Se la hubiera devuelto ya, porque sin duda debe estimarla, y yo no querría pagar su amable visita con una inquietud de cuarenta y ocho horas.

— ¿ Según eso no la conocéis ?...

— No, sólo sé que es la superiora de una casa de Caridad.

— ¿ De París ?

— De Versalles.

— ¡ De Versalles !.. ¡ superiora de una casa de Caridad !

— Monseñor, yo acepto las limosnas de las mujeres, porque estas no humillan con sus socorros á una pobre, y esa señora, que había sabido mi situación por avisos caritativos, ha puesto cien luises sobre mi chimenea al visitarme.

— ¡ Cien luises ! replicó el cardenal con sorpresa ; luego, viendo que podía herir el amor propio de Juana, pues había visto que ésta hacía un movimiento, añadió :

— Perdonad, señora, no me admiro de que os hayan dado esa suma. Al contrario, sois digna de toda la solicitud de las personas caritativas, y vuestro nacimiento les hace un deber de seros útil. Lo que únicamente me sorprende es el título de dama de Caridad ; pues las damas de Caridad acostumbran hacer las limosnas más tenues. ¿ Podríais hacerme el retrato de esa señora, condesa ?

— Dificilmente, monseñor, respondió Juana á fin de picar la curiosidad de su interlocutor.

— ¿ Cómo dificilmente ? ¿ Pues no ha estado aquí ?

— Sin duda, pero esa señora, que probablemente no quería ser reconocida, ocultaba su rostro en una escofieta bastante ancha, y además estaba envuelta en pieles. Sin embargo...

La condesa hizo como que recapacitaba.

— Sin embargo... repitió el cardenal.

— He creído ver... no lo afirmo, monseñor.

— ¿ Qué habéis creído ver ?

— Unos ojos azules.

— ¿ La boca ?

— Chica, aunque los labios eran un poco gruesos, especialmente el superior.

— ¿ De grande estatura, ó de mediana ?

— De mediana.

— ¿ Las manos ?

— Perfectas.

— ¿ El cuello ?

— Largo y delgado.

- ¿ La fisonomía ?
- Severa y noble.
- ¿ El acento de la voz ?
- Ligeramente embarazado. ¿ Pero al parecer conocéis á esa señora, monseñor ?
- ¿ Cómo he de conocerla, señora condesa ? replicó con viveza el prelado.
- Según el modo que tenéis de preguntarme... además podéis conocerla por la simpatía que todos los factores de buenas obras experimentan entre sí.
- No, señora, no la conozco.
- Sin embargo, monseñor, si tuvierais alguna sospecha...
- ¿ Con qué motivo ?
- Inspirada por ese retrato, por ejemplo.
- ¡ Ah ! replicó vivamente el cardenal, temiendo haber andado demasiado ligero. Sí, es verdad, este retrato...
- Y bien ; ¿ este retrato, monseñor ?...
- Me parece aun el de...
- El de la imperatriz María Teresa, ¿ no es verdad ?
- Creo que sí.
- Entonces opináis...
- Opino que habéis recibido la visita de alguna señora alemana, por ejemplo, de esas que han fundado una casa de socorros...
- ¿ En Versalles ?
- En Versalles, sí, señora.
- Y el cardenal guardó silencio ; pero se veía claramente que todavía dudaba, y que la presencia de aquella caja en casa de la condesa había renovado toda su desconfianza. Sólo que lo que Juana no distinguía completamente, y lo

que en vano trataba de explicarse, era el fondo del pensamiento del príncipe, pensamiento visiblemente desventajoso para ella y que no se dirigía nada menos que á tenderle un lazo con apariencias.

En efecto, se podía haber sabido el interés que tomaba el cardenal en los asuntos de la reina, era un rumor de corte que estaba lejos de haber quedado en el estado de medio-secreto, y hasta hemos señalado el cuidado con que ciertos enemigos trataban de mantener la animosidad entre la reina y su capellán mayor.

¿ Cómo se hallaba en poder de la pordiosera Juana aquel retrato de María Teresa, aquella caja de que ella se servía habitualmente, y que el cardenal le había visto cien veces en la mano ?

¿ Había ido realmente la reina á aquella habitación ?

Si había ido, ¿ había permanecido desconocida de Juana ? ¿ disimulaba ésta por algún motivo el honor que había recibido ?

El prelado dudaba.

Dudaba ya la vispera. El nombre de Valois le había hecho estar alerta, pero ya no se trataba de una mujer pobre, sino de una princesa socorrida por una reina que le llevaba en persona sus socorros.

¿ Llegaba hasta ese punto la caridad de María Antonieta ?

Mientras que pasaban por la mente del cardenal estas dudas, Juana, que no le perdía de vista, Juana, á quien no se escapaba ninguno de los sentimientos del príncipe, estaba en un suplicio. En efecto, la duda de aquellos á quienes se quería convencer con la verdad pura, es un verdadero martirio para las conciencias cargadas de una doble intención.

El silencio era embarazoso para ambos, y lo rompió el cardenal con una nueva interrupción.

— ¿Y habéis observado á la señora que acompañaba á vuestra bienhechora? ¿Podéis decirme sus señas?

— ¡Oh! á esa la he visto bien, dijo la condesa; es grande, alta y hermosa, tiene una cara resuelta, soberbio color y ricas formas.

— ¿Y no la ha nombrado la otra señora?

— Sí, la ha nombrado una vez, pero por su nombre de bautismo.

— ¿Y cómo la ha llamado?

— Andrea.

— ¡Andrea! exclamó el cardenal estremeciéndose.

Esta sensación no se escapó tampoco á la condesa de La Motte.

El cardenal sabía ya á qué atenerse, pues el nombre de Andrea disipaba todas sus dudas.

En efecto, la antevíspera se sabía que la reina había venido á París con la señorita de Taverney, pues había circulado por Versalles cierta historia de retardo, de puerta cerrada y de disputa conyugal entre el rey y la reina.

El cardenal respiró.

En todo eso no había lazo ni complot en la calle de San Claudio; y madama de La Motte le pareció bella y pura como el ángel del candor.

Sin embargo, era preciso hacer la última prueba: el príncipe era diplomático.

— Condesa, dijo, confieso que hay una cosa que es la que más me asombra.

— ¿Cuál es, monseñor?

— El que, teniendo vuestro nombre y vuestros títulos, no os hayáis dirigido al rey.

— ¿Al rey?

— Sí.

— Pero, monseñor, si le he dirigido veinte memoriales y veinte súplicas.

— ¿Sin resultado?

— Sin resultado.

— Pero, en defecto del rey, todos los príncipes de la casa real hubieran acogido vuestras reclamaciones. El señor duque de Orleans, por ejemplo, es caritativo, y además muchas veces le gusta hacer lo que no hace el rey.

— He hecho solicitudes á Su Alteza el duque de Orleans, monseñor, pero inútilmente.

— ¡Inútilmente! Eso me asombra.

— ¿Qué queréis? Cuando uno no es rico ó no está recomendado, se ven todos los memoriales sumirse en las antecámaras de los príncipes.

— Queda aun el conde de Artois. Á veces las personas disipadas hacen acciones mejores que las caritativas.

— Con el señor conde de Artois me ha sucedido lo mismo que con el señor duque de Orleans y con el rey de Francia.

— Pero, en fin, quedan las señoras ífias del rey. ¡Oh! esas, condesa, ó mucho me engaño, ó han debido responderos favorablemente.

— No, monseñor.

— ¡Oh! no puedo creer que madama Isabel, hermana del rey, haya tenido el corazón insensible.

— Es verdad, monseñor; S. A. R., solicitada por mí, había prometido recibirme; pero, yo no sé cómo ha sucedido, después de haber recibido á mi marido no quiso volver á dar cuenta de sí, por más instancias que yo hice.

— Es verdaderamente extraño, dijo el cardenal.

Luego de súbito, como si sólo en aquel momento se le hubiera ocurrido esta idea, exclamó :

— ¡Dios mío ! ¡ Nos olvidamos !...

— ¿De qué ?

— De la persona á quien hubierais debido dirigiros primeramente.

— ¿ Á quién hubiera debido dirigirme ?

— Á la dispensadora de los favores, á la que jamás ha negado un socorro merecido, á la reina.

— ¿ Á la reina ?

— Sí, á la reina, ¿ la habéis visto ?

— Jamás, respondió Juana con imperturbable naturalidad.

— ¡ Cómo ! ¿ no habéis presentado ninguna súplica á la reina ?

— Jamás.

— ¿ No habéis tratado de obtener de S. M. una audiencia ?

— Lo he tratado, pero infructuosamente.

— Á lo menos, habéis debido probar el colocaros á su paso, para hacerlos notar y que os llamasen á la corte. Ese era un medio.

— Jamás lo he empleado.

— Me estáis diciendo unas cosas verdaderamente increíbles, señora.

— No, digo la verdad ; no he estado nunca en Versalles más que dos veces, y sólo he visto allí á dos personas, al doctor Luis, que había asistido á mi desgraciado padre en el hospital general, y al barón de Taverney á quien estaba recomendada.

— ¿ Qué os ha dicho M. de Taverney ? Se hallaba perfectamente en estado de encaminaros á la reina.

— Me ha dicho que yo era muy torpe.

— ¿ En qué ?

— En alegar como un título á la benevolencia del rey un parentesco que naturalmente debía incomodar á S. M., puesto que nunca agradan los parientes pobres.

— Bien se conoce en ese rasgo el barón egoísta y bruto, dijo el príncipe.

Luego, reflexionando en aquella visita de Andrea en casa de la condesa :

— Cosa singular, pensó, el padre echa con gaitas desatempladas á la solicitante, y la reina trae á la hija á su casa. Verdaderamente debe salir algo de esa contradicción.

— Á fe de caballero, repuso en voz alta, estoy admirado de oír á una solicitante, á una mujer de la primera nobleza, decir que no ha visto jamás al rey ni á la reina.

— Como no sea pintados, dijo Juana sonriendo.

— Pues bien, exclamó el cardenal convencido entonces de la ignorancia y de la sinceridad de la condesa ; yo mismo os llevaré á Versalles, si preciso es, y haré que os abran las puertas.

— ¡ Oh, monseñor, cuántas bondades ! exclamó la condesa en el colmo de la alegría.

El carnal se acercó á ella.

— Pero es imposible, dijo, que antes de poco no se interesen todos por vos.

— ¡ Ay, monseñor ! exclamó Juana exhalando un admirable suspiro, ¿ lo creéis sinceramente ?

— ¡ Oh ! tengo una certeza.

— Creo que me lisonjeáis, monseñor.

Y le miró fijamente.

En efecto, ese cambio súbito era para sorprender á la

condesa, puesto que diez minutos antes la trataba el cardenal con una ligereza enteramente de príncipe.

La mirada de Juana, disparada como la flecha de un arquero, hirió al cardenal en el corazón ó en su sensualidad ; pues ya encerrase el fuego de la ambición ó bien el del deseo, era fuego.

M. de Rohán, que era conocedor en materia de mujeres, debió confesar en sus adentros que había visto pocas tan seductoras.

— ¡ Ah ! á fe mía, dijo para sí con esa eterna segunda intención de los cortesanos educados para la diplomacia, sería demasiado extraordinario ó demasiado dichoso que yo encontrase al mismo tiempo una mujer honrada que tiene la apariencia de una astuta, y en la miseria una protectora omnipotente.

— Monseñor, interrumpió la sirena, perdonadme os diga que á veces guardáis un silencio que me inquieta.

— ¿ Por qué, condesa ? preguntó el cardenal.

— Porque un hombre como vos, monseñor, no falta jamás á la urbanidad sino con dos clases de mujeres.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío, condesa ! ¿ qué vais á decirme ? Os aseguro que me asustáis.

Y le cogió la mano.

— Sí, con dos clases de mujeres ; lo he dicho y lo repito.

— ¿ Las cuáles ? veamos.

— Con las mujeres á quienes se ama demasiado, ó con aquellas á quienes no se estima bastante.

— ¡ Condesa, condesa ! me hacéis ruborizarme. ¿ Habría yo faltado á la urbanidad con vos ?

— ¡ Vaya !

— ¡ No digáis eso, porque sería espantoso !

— En efecto, monseñor, porque vos no podéis amarme demasiado, y yo no os he dado, al menos hasta ahora, el derecho de estimarme demasiado poco.

El cardenal cogió la mano de Juana.

— ¡ Oh ! condesa, me habláis verdaderamente como si estuviérais enfadada contra mí.

— No, monseñor ; porque aun no habéis merecido mi cólera.

— Y no la mereceré jamás desde este día en que he tenido el placer de veros y conoceros.

— ¡ Oh ! ¡ mi espejo, mi espejo ! pensó Juana.

— Y desde hoy, prosiguió el cardenal, no os abandonará mi solicitud.

— ¡ Oh ! mirad, monseñor, dijo la condesa, que no había retirado la mano de las del cardenal ; de eso me basta ya.

— ¿ Qué queréis decir ?

— No me habléis de vuestra protección.

— No permita Dios que yo pronuncie esa palabra ; no, señora, porque no sería á vos á quien humillaría, sino á mí.

— Entonces, señor cardenal, admitamos una cosa que va á lisonjearme infinito.

— Sí, así es, señora, admitamos esa cosa.

— Admitamos, monseñor, que habéis hecho una visita de urbanidad á madama de La Motte, y nada más.

— Pero entonces nada menos, respondió el galante cardenal.

Y llevando los dedos de Juana á sus labios, estampó en ellos un beso bastante fuerte.

La condesa retiró su mano.

— ¡ Oh, urbanidad !... dijo el cardenal con un gusto y una seriedad exquisita.

Juana volvió á darle la mano, sobre la que el prelado estampó entonces un beso respetuoso.

— ¡Ah! muy bien así, monseñor.

El cardenal se inclinó.

— Saber, continuó Juana, que he de poseer una parte, por débil que sea, en el espíritu tan eminente y tan ocupado de un hombre como vos, os juro que bastará para consolarme un año.

— ¡Un año... Muy poco es... Esperemos más, condesa.

— Y bien; no digo que no, señor cardenal, respondió sonriendo.

SEÑOR CARDENAL á secas era una familiaridad en que incurria madama de La Motte por segunda vez. El prelado, irritable en su orgullo, habría podido extrañarlo; pero las cosas habfan llegado á tal punto, que no sólo no lo extrañó, sino que se dió por satisfecho como de un favor.

— ¡Ah! tenéis confianza, exclamó acercándose aun más. ¡Tanto mejor, tanto mejor!

— Tengo confianza, sí, monseñor, porque siento en V. E.

— Hace un momento decíais señor cardenal, condesa.

— Es preciso perdonarme, monseñor, pues no conozco la corte. Digo, pues, que tengo confianza, porque sois capaz de comprender un alma como la mía, arriesgada, valiente, y un corazón enteramente puro. Á pesar de las pruebas de la pobreza, á pesar de los combates que me han dado viles enemigos, Vuestra Eminencia sabrá tomar en mí, es decir, en mi conversación, lo que hay de digno de vos, y por lo demás Vuestra Eminencia sabrá ser indulgente.

— Henos aquí amigos, señora. ¿Queda firmado, jurado?

— Con mucho gusto.

El cardenal se levantó y se adelantó hacia madama de

La Motte, pero como tenía los brazos demasiado abiertos para un simple juramento... la condesa, ligera y flexible, evitó el círculo, diciendo con inimitable acento de broma é inocencia:

— ¡Amigos entre tres!

— ¿Cómo amigos entre tres?

— Sin duda, ¿por ventura no anda por esos mundos un pobre gendarme, un desterrado á quien llaman el conde de La Motte?

— ¡Oh! ¡oh! condesa, qué deplorable memoria tenéis!

— Preciso es que yo os hable de él, puesto que vos no me habláis.

— ¿Sabéis por qué no os hablo de él, condesa?

— ¿Por qué?

— Porque siempre hablará él mismo bastante, pues estad segura que los maridos no se olvidan jamás.

— ¿Y si él habla de sí?...

— Entonces se hablará de vos, y se hablará de nosotros.

— ¿Cómo es eso?

— Se dirá, por ejemplo, que el señor conde de La Motte ha hallado bien ó mal que el señor de Rohán viniese tres, cuatro ó cinco veces por semana á la calle de San Claudio á visitar á madama de La Motte.

— ¡Ah! pero me diréis tanto, señor cardenal, tres, cuatro ó cinco veces á la semana!

— ¿Dónde estaría entonces nuestra amistad, condesa? He dicho cinco veces, y me equivocaba, porque he debido decir seis ó siete, sin contar los días bisiestos.

Juana se echó á reír.

El cardenal observó que era la primera vez que ella hacía honor á sus gracejos, y esto le lisonjeó.

— ¿Impediréis que hablen? dijo Juana. Ya sabéis que eso es imposible.

— Sí, replicó el cardenal.

— ¿Y cómo lo impediréis?

— ¡Oh! es muy sencillo: el pueblo de París, con razón ó sin ella, me conoce.

— ¡Oh! cierto que conoce á monseñor, y con razón.

— Pero á vos tiené la desgracia de no conoceros.

— ¿Y qué?

— Llevemos la cuestión á otro terreno.

— Llevémosla; es decir...

— Como gustéis... si por ejemplo...

— Terminad.

— ¿Si en vez de hacerme salir salieseis vos?

— ¿Que vaya yo á vuestro palacio? ¿yo, monseñor?

— Me parece que iríais sin ningún reparo á casa de un ministro.

— Un ministro no es un hombre, monseñor.

— Sois adorable. Pues bien; ya no se trata de mi palacio; tengo una casa.

— Una casita, digámoslo de una vez.

— No, una casa vuestra.

— ¡Ah! exclamó la condesa. ¡Una casa mía! ¿Y en dónde? pues no sabía que tuviese yo esa casa.

El cardenal, que había vuelto á sentarse, se levantó.

— Mañana á las diez de la mañana recibiréis sus señas.

La condesa se sonrosó, y el cardenal le tomó la mano con galantería, y estampó en ella un beso respetuoso y tierno á la par que atrevido.

Con esto se saludaron ambos con ese resto de ceremonia risueña que indica una próxima intimidad.

— ¡Alumbrad á monseñor! gritó la condesa.

Se presentó la vieja, y el prelado salió.

— Vamos, pensó Juana, me parece que he dado un gran paso en el mundo.

— Vamos, vamos, he hecho un doble negocio, pensó el cardenal subiendo á su carroza. Esta mujer tiene demasiado talento para no atrapar á la reina como me ha atrapado á mí.